

**LOS NIÑOS HABLAN DE OTRA MANERA.
ENTENDER EL LENGUAJE DE LOS NIÑOS**

Iván Alemán Ruiz y Nayra Martínez Bracho

Psicólogos y Psicoterapeutas

Salvador Alemán Méndez e Isabel Ruiz de Francisco

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

RESUMEN

En este artículo se hace referencia a la importancia y complejidad de la comunicación humana, haciendo énfasis en el lenguaje no verbal. Para los niños es especialmente necesario comunicarse y su forma de hacerlo es cualitativamente diferente a la de los adultos. El juego es una forma privilegiada de expresión del niño.

Palabras clave: Comunicación, niños, comunicación no verbal, juego.

ABSTRACT

This paper is about on the importance and complexity of human communication, placing special emphasis on non-verbal language. It is specially necessary for children to communicate and the way to do it is qualitatively different to that of adults. Games are one of the typical ways for a child to express himself.

Key words: Communication, children, non-verbal communication, games.

INTRODUCCIÓN

Se aporta en este trabajo la reflexión de cuatro educadores acerca de la peculiar forma de comunicarse de los niños y la necesidad de padres y educadores de manejar este lenguaje. ¿Por qué el tema de la comunicación? Porque nos parece que si existe una buena comunicación, la educación de un niño resulta relativamente fácil y muy agradable (Bennet, 1977). Sin embargo, si la comunicación no es adecuada, hasta las situaciones más sencillas del día a día se complican y la relación con ellos se convierte en algo pesado y costoso.

Es evidente, que a la hora de querer ayudar a alguien, lo primero, lo primérisimo, es comprender qué le pasa. Y eso ocurre en todos los ámbitos. La mayoría de las personas, niños, adolescentes y adultos que se sienten mal, tienen en su origen un problema de comunicación: o bien porque no comprenden al otro o bien porque no son comprendidos por el otro. Y es difícil comunicarse. Se escuchan frases como éstas: “es que mi pareja no entiende lo que le quiero decir”, “es que mis padres no me comprenden”, “yo es que ya no sé lo que quiere mi hijo”. Amigos de muchos años, de repente rompen, alegando que no pueden entender lo que ha hecho el otro.

Importa comunicarse bien porque como dicen Watzlawick, Bavelas y Jackson (1991) sólo por el hecho de estar presentes ya nos estamos comunicando y la experiencia nos dice que la relación puede convertir la existencia en un paraíso o en un infierno.

Esta evidente necesidad es más perentoria aún en los niños puesto que dependen más de nosotros para su crecimiento personal. Ellos saben muy poco de las experiencias de la vida y cada día para ellos es un día nuevo lleno de novedades. Cada día descubren cosas nuevas, cada día aprenden, entusiasmados, cosas que a nosotros nos parecen elementales por repetitivas. Dependiendo de cómo las vivan irán construyendo su personalidad de una manera o de otra. Y, claro, necesitan expresar su sorpresa ante eso que nunca habían visto o sentido por muy vulgar que nos parezca a los adultos. Necesitan comunicarse: algunas veces para pedir información, otras para pedir ayuda, otras para expresar su desconcierto o temor y la mayoría de las veces para expresar su sorpresa incontestada ante sus descubrimientos y sus nuevas sensaciones (Bowlby, 1986).

Los niños tienen un mundo interior impresionante que se enriquece día a día. Lo comunican a su manera y merece la pena comprender lo que nos dicen. Cuando un niño ha puesto en fila sus soldaditos y te dice “mira, mamá o mira papá”, lo que ha hecho, para él es tan importante o más que cuando tu pareja llega y te dice “mira el proyecto del edificio que voy a realizar”.

Al mismo tiempo existe la realidad de que no es fácil comunicarse con los niños en las primeras edades. Los niños son niños, pero no son tontos y no les

basta una comunicación simple y superficial. Los niños tienen también su mundo interno y necesitan comunicarlo y sentirse comprendidos.

Educar a un niño no es sólo enseñarle comportamientos adecuados, sino que educar supone un esfuerzo por llegar a su mundo interior. La pregunta del millón es, ¿de qué manera tengo que comunicarme con los niños?, ¿cuál es la forma de hacerlo?, ¿se resuelve hablando mucho con él?

COMUNICARSE ES COMPLEJO: LAS PALABRAS NO BASTAN

Si asumimos la necesidad de la comunicación, habrá que aceptar que ésta es compleja y que el “hablando se entiende la gente” tendrá que completarse con la de Saint Exupéry: “el lenguaje es fuente de malentendidos”.

Nos comunicamos simultáneamente con muchos lenguajes: el tono, el rostro, la emoción... es decir, la materialidad de la palabra no expresa con precisión nuestro mensaje. Es más, muchas veces con la palabra ocultamos más que comunicamos (Alonso Fernández, 1982).

El “no me toques” de una pareja enfadada o “no me pasa nada” de un niño silencioso pueden estar comunicando exactamente lo contrario.

¿CÓMO SE COMUNICAN LOS NIÑOS?

Frente al lenguaje del adulto, preferentemente verbal y en frecuentes ocasiones disimulador o atenuador de la verdad, aparece la comunicación infantil, más espontánea, más difícil de comprender para nosotros adultos. Ahí, en ese contraste en la forma de comunicarnos radica la dificultad. El adulto alega “no hay forma de razonar con este niño”, pero ¿no será que no está acostumbrado a tanta luz, tanta claridad?

El niño y la niña poco a poco irán aprendiendo a disimular con la palabra, a guardar formas. Pero mientras crecen, en los niños y niñas pequeños predomina el cuerpo y las emociones sobre las palabras, porque son más primitivas. Primero somos cuerpo, instinto, emoción y luego viene la palabra y los niños y niñas pequeños están en esa etapa más primitiva. El niño, cuanto más pequeño es, sólo sabe expresar el malestar y el bienestar. Todavía no sabe ocultar lo que le pasa. Y lo sabe expresar mejor con el cuerpo que con la palabra. Su cuerpo es su instrumento preferido de comunicación: nació con cuerpo y sin palabra. Es decir, que cuanto más pequeño es el niño, utilizará más para expresarse otros recursos que ya tiene incorporados desde que nace, más allá de las palabras. Resulta curioso observar un *Kinder* internacional y ver la dificultad de los padres

para comunicarse frente a la naturalidad con que los hijos se comunican jugando en el patio.

La cuestión pedagógica es: ¿Por qué empeñarnos en comunicarnos preferentemente a través de la palabra? La palabra en el niño no adquiere su verdadera dimensión comunicativa, probablemente hasta los cinco años, pero muchos autores dicen que eso no llega hasta que la adolescencia ha sido superada porque es aquí cuando las palabras revalidan su significado emocional.

Más allá de las palabras los niños tienen otras maneras de comunicar su bienestar y su malestar. Los adultos hablamos y nos apoyamos, consciente o inconscientemente, en otros recursos. El niño, al contrario, se expresa básicamente de otras formas y se apoya en sus palabras. Si nos empeñamos en comprender sólo lo que nos dicen con sus palabras corremos el riesgo de no conectar con su mundo interior quedándonos en la pura comunicación aparente. Si entendemos su lenguaje, su manera peculiar de decirnos sus cosas, su estilo de comunicación, podremos conectar con ellos de una forma más satisfactoria para ambos.

“¿Has entendido?” le preguntamos. “Sí”, responde y sigue haciendo lo contrario. Probablemente conoce las palabras, pero, ¿ha entendido?

En nuestra opinión, hay cuatro formas fundamentales de expresión en el niño: la palabra, el juego, el cuerpo y en general el síntoma.

En este artículo sólo nos detendremos en el juego por ser una forma privilegiada de expresión del niño, que al mismo tiempo suele desquiciar a muchos adultos.

EL JUEGO

El juego es el lenguaje preferido de los niños y niñas. Juegan con todo, con la almohada, con el perro, con la comida, con los juguetes, con la caja de los juguetes, con su cuerpo, con el cuerpo de los otros, con los ruidos, etc. En ocasiones convierten los sujetos en personajes y en otras a las personas en juguetes (Rodari, 1979). Es su forma de experimentar el mundo y su manera de comunicarnos cómo se sienten.

Los adultos en nuestra cultura occidental tenemos serias dificultades para comprender el lenguaje del juego porque en nuestra cultura, el juego está penalizado socialmente (Duvignaud, 1982) o simplemente se decide que sólo se puede jugar en momentos y sitios muy determinados, por ejemplo, en el Carnaval, en el partido de tenis o en el sexo. Los juegos fuera de “lugar” son signo de inmadurez entre los adultos.

En cualquier caso se puede aceptar que tanto juego en los niños pequeños muchas veces exaspera al educador por falta de práctica y porque posiblemente nos meten en un mundo en el que no sabemos movernos con espontaneidad. Comunicarnos con el cuerpo, relacionarnos a través del cuerpo nos descoloca en nuestro mundo donde todo se organiza a través de la palabra y nos resulta difícil ponernos a jugar con el niño con sus clips o sus casitas. La dificultad aparece cuando nos da la oportunidad de contactar con su mundo interno a través de moverse, saltar, abrir y cerrar repetidamente, etc.

Resulta paradójico. Se ha ido creando la idea de que a medida que vamos creciendo debemos ir eliminando el juego. Y ¿cuál ha sido el resultado? Colaborar en la creación de personas más rígidas, poco espontáneas y con dificultades para el disfrute. Frente a esto, los trabajadores de la salud mental y del crecimiento personal comienzan a estimular el juego espontáneo corporal como instrumento óptimo para mejorar la salud mental y ayudar en el crecimiento personal.

Pues bien, eso que los adultos han perdido, los niños lo dominan a la perfección, nos estamos refiriendo a jugar como forma de expresión. El niño va a utilizar todo lo que caiga en sus manos como objetos intermediarios para comunicarse con nosotros. En este sentido pueden ser nuestros maestros.

Los aprendizajes del niño necesitan de un aspecto lúdico. El padre que sepa enseñar jugando, conseguirá hacerse entender por su hijo. El niño siempre que le dejemos nos comunicará diferentes aspectos de su mundo interno, a través del juego. Consistiría en cierto modo, en que ayudáramos a nuestros niños a hacer de muchas partes de la vida un juego y así, a la larga, estaríamos ayudando a crear futuras personas más felices y espontáneas. Esto no significa que todo vale, ni mucho menos, pero que si el mismo aprendizaje puede llegar con una sonrisa y un juego, siempre quedará mucho mejor interiorizado por el niño que si ese aprendizaje llega con un exceso de rigidez, con unas lágrimas innecesarias o con exceso de verborrea.

En resumen, siempre que rompamos el juego que el niño comienza o intentemos utilizar exclusivamente la palabra, en realidad lo que hacemos es romper la comunicación con ellos (Garvey, 1985).

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO-FERNÁNDEZ, F. (1982). *Cuerpo y comunicación*. Madrid, Pirámide.
BENNET, N. (1977). *Estilos de enseñanza y progreso de los alumnos*. Madrid, Morata.
BOWLBY, J. (1986). *Vínculos afectivos, formación, desarrollo y pérdida*. Madrid, Morata.
DUVIGNAUD, J. (1982). *El juego del juego*. México, Fondo de Cultura económica.
GARVEY, C. (1985). *El juego infantil*, Madrid, Morata.

RODARI, G. (1979). *Gramática de la fantasía*. Barcelona, editor Ferran Pelissa.

WATZLAWICK, P.; Bavelas, J. y Jackson, D. (1991). *Teoría de la comunicación humana* (3ª edición).
Barcelona, Herder.